



Historia

ISSN: 0073-2435

revhist@uc.cl

Pontificia Universidad Católica de Chile  
Chile

VILLEGAS VÉLEZ, ÁLVARO

EL DIFÍCIL ARTE DE GOBERNAR LA NUEVA GRANADA: BIOPOLÍTICA Y PROYECTO LETRADO  
EN LA COMISIÓN COROGRÁFICA, 1850-1859

Historia, vol. II, núm. 46, julio-diciembre, 2013, pp. 443-467  
Pontificia Universidad Católica de Chile  
Santiago, Chile

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=33430946005>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en [redalyc.org](http://redalyc.org)

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal  
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

ÁLVARO VILLEGAS VÉLEZ\*

EL DIFÍCIL ARTE DE GOBERNAR LA NUEVA GRANADA: BIOPOLÍTICA Y  
PROYECTO LETRADO EN LA COMISIÓN COROGRÁFICA, 1850-1859

---

RESUMEN

Este artículo tiene como objetivo central describir e interpretar la dimensión biopolítica de la Comisión Corográfica (1850-1859), la cual fue encargada por el Estado central con el propósito de obtener información relevante para el gobierno de la población, la racionalización de la producción y el fomento del comercio. A partir de la revisión de los escritos de esta empresa geográfica y de algunos otros textos se muestra cómo se propusieron estrategias de gobierno que apuntaban a la circulación de personas y mercancías, y al descubrimiento de las leyes de los procesos socioeconómicos, atendiendo a las particularidades del territorio y de la población nacional. Estas particularidades marcaron los límites de esta forma de gobierno, a lo que se sumó la inestabilidad política del país, lo cual redujo notablemente el impacto de las recomendaciones realizadas.

**Palabras clave:** Comisión Corográfica, biopolítica, mestizaje, población, Nueva Granada.

ABSTRACT

This article aims to describe and interpret the biopolitical dimension of the Chorographic Commission (1850-1859), which was organized by the central state to obtain relevant information for the governance of the population, the rationalization of production and the promotion of commerce. Starting from the revision of the commissions' documents along with other contemporary texts this article shows how different governance strategies were proposed, some of them focusing on the circulation of people and goods, while other strategies focused on discovering the laws behind socio economic processes paying attention to the particularities of the territory and of the national population. These particularities defined the limits of governance, which added to the country's political instability and reduced the impact of the commission's recommendations.

**Key Words:** Chorographic Commission, biopolitics, miscegenation, New Granada.

Fecha de recepción: enero de 2013.

Fecha de aceptación: noviembre de 2013.

---

\* Doctor en historia de la Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín. Profesor del Departamento de Estudios Filosóficos y Culturales de esta misma universidad. Correo electrónico: aavilleg@unal.edu.co

## INTRODUCCIÓN

El fin de la sociedad como un hecho natural y la emergencia de esta como población, es decir, como un conjunto de personas que hablan, que trabajan, que viven, que se relacionan entre sí y con su entorno, y cuyos comportamientos, afectos y deseos deben ser administrados, marca una discontinuidad radical en el ejercicio del saber y del poder. Esta discontinuidad está dada por un nuevo arte de gobernar que toma a todos y a cada uno como blancos de un poder que tiene como finalidad principal normalizar la sociedad, a través de la visibilidad constante, la clasificación permanente, la valoración, la jerarquización y el diagnóstico como preceptos. Técnicas disciplinarias sobre los sujetos y regulaciones sobre la población, gestión de los cuerpos y administración de la vida, que hacen que el poder colectivice y singularice.

La paradoja de este arte, que combina los dispositivos disciplinarios con los de seguridad, es que busca, aunque sea como un deber ser, la maximización de la efectividad de sus prácticas justamente para reducirlas a su mínima extensión; gobernar de forma eficiente y eficaz, para gobernar lo menos posible. Es en este contexto en el que surgen saberes e instituciones disciplinarias como el ejército y las escuelas modernas, las cárceles y las fábricas, a la par de los discursos y las prácticas sobre la población, como la demografía, la economía política, la medicina social. Sin dejar de atender a los dispositivos disciplinarios y, sobre todo a su cruce con los dispositivos de seguridad, este artículo se concentrará en estos últimos, que le dan su forma particular a la biopolítica.

Michel Foucault<sup>1</sup> planteó que la biopolítica se sustenta en tres transformaciones fundamentales: 1) la inclusión de la población como problema político y problema biológico; 2) la gestión de fenómenos como la natalidad, la mortalidad y la morbilidad que solo tienen sentido como hechos colectivos; y 3) el carácter necesariamente diacrónico y serial de estos. Se trata, en definitiva, del establecimiento de la serie población/procesos biológicos/mecanismos reguladores/Estado, en la cual este último tiene como responsabilidad la formación de lo social y la intervención sobre la vida. Esto trae consigo una ruptura en la forma de gobernar, en la cual el poder soberano, que hace morir y deja vivir, no desaparece pero sí es subordinado al biopoder que busca hacer vivir –de determinadas formas y bajo ciertos parámetros y finalidades– y deja morir, en tanto la muerte, mas no la mortalidad como fenómeno colectivo y estadístico, se escapa a sus prácticas.

En una sociedad organizada bajo esta forma de gobierno, las clasificaciones raciales permiten realizar un corte dentro del *continuum* biológico, una división entre las poblaciones y los individuos que hay que hacer vivir y los que hay que dejar morir, al tiempo que es la única forma posible de instaurar una relación positiva entre la vida y la muerte, pues la desaparición de los *Otros*, de los grupos que no son inmunes al cuerpo de la nación, es lo que permitirá que la vida sea más sana, más pura y más feliz. Al dejar morir a los miembros espurios de la sociedad, el gobierno la está defendiendo.

<sup>1</sup> Michel Foucault, *Defender la sociedad. Curso en el Collège de France (1975-1976)*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000, 222-223.

En el siglo XIX latinoamericano, los nuevos Estados buscaron hacer vivir las sociedades nacionales, al tiempo que dejaban morir a los heterogéneos grupos que no se amoldaban fácilmente a estas. Sin embargo, las continuas discusiones sobre las estrategias biopolíticas, hicieron que, en la mayoría de los casos, estas fueran un asunto relativamente enclaustrado en el ámbito del saber y la ley, más que en prácticas de gestión de fuerte incidencia en la población. A esto se sumó que los discursos modernos sobre la sexualidad, las razas y las herencias se amalgamaron de formas particulares con las genealogías raciales propias del Antiguo Régimen iberoamericano y su preocupación por la limpieza de sangre y la calidad, dando como resultado unos procedimientos racializadores heterogéneos y discontinuos<sup>2</sup>.

En las páginas siguientes se describe e interpreta en primer lugar, cómo el saber geográfico se constituyó en un tipo de conocimiento importante para el gobierno de la Nueva Granada<sup>3</sup>, lo cual fue fundamental para la creación de la Comisión Corográfica en 1850; en segundo lugar, se plantean las representaciones que sobre la población se elaboraron desde esta empresa geográfica; finalmente, se hace énfasis en las contradicciones inherentes a estas representaciones, las cuales se vieron tensionadas entre el deseo civilizador de los letrados y las características propias de la población neogranadina.

#### ANTECEDENTES Y FORMACIÓN DE LA COMISIÓN COROGRÁFICA

En el caso particular del territorio anteriormente conocido como la Nueva Granada, la biopolítica fue un conjunto de prácticas parciales, contradictorias, inestables e inconstantes. Es posible rastrear algunas de ellas a partir de las reformas borbónicas<sup>4</sup>; otras emergen con la formación de una comunidad de interpretación ilustrada en las dos últimas décadas del Antiguo Régimen; durante la república cobran una mayor importancia durante la denominada revolución de medio siglo, y parecen consolidarse y traspasar el umbral de la modernidad biológica en la década de 1920<sup>5</sup>, gracias a una gubernamentalización<sup>6</sup> creciente del Estado que se fundamentó en una serie de saberes, entre los

<sup>2</sup> Marisol de la Cadena, “Introducción”, Marisol de la Cadena (ed.), *Formaciones de indianidad. Articulaciones raciales, mestizaje y nación en América Latina*, Popayán, Envión Editores, 2007, 7-35.

<sup>3</sup> Durante el período estudiado, los nombres oficiales del país que hoy se conoce como Colombia fueron: República de Nueva Granada (1834-1858), República de Colombia (1858) y Confederación Granadina (1858-1860). Estos continuos cambios muestran claramente la inestabilidad del período, la cual afectó las labores de la Comisión Corográfica.

<sup>4</sup> Santiago Castro-Gómez, *La hybris del punto cero. Ciencia, raza e Ilustración en la Nueva Granada (1750-1816)*, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, 2005.

<sup>5</sup> Santiago Castro-Gómez, *Tejidos oníricos. Movilidad, capitalismo y biopolítica en Bogotá (1910-1920)*, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, 2009. Carlos Ernesto Noguera, *Discurso médico y prácticas higiénicas durante la primera mitad del siglo XIX*, Medellín, Universidad Eafit, 2003. Zandra Pedraza Gómez, *En cuerpo y alma. Visiones del progreso y de la felicidad*, Bogotá, Universidad de los Andes, 1999. Zandra Pedraza, “La disposición del gobierno de la vida: acercamiento a la práctica biopolítica en Colombia”, *Revista de Estudios Sociales* 43, Bogotá, 2012, 94-107. Javier Sáenz, Óscar Saldaña y Armando Ospina, *Mirar la infancia: pedagogía, moral y modernidad en Colombia, 1903-1946*, vol. 2. Bogotá, Colciencias, Foro Nacional por Colombia, Universidad de los Andes, Universidad de Antioquia, 1997.

<sup>6</sup> Confrontar: Michel Foucault, *Seguridad, territorio, población. Curso del Collège de France (1977-1978)*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2006.

cuales se privilegió en un primer momento la economía política y la geografía (siglos XVIII y XIX) y luego las ciencias biomédicas y jurídicas (siglos XIX y XX).

Estas prácticas fueron emergiendo paulatinamente y tendrían como uno de sus hitos privilegiados las reflexiones de los ilustrados del Nuevo Reino de Granada, quienes serían los primeros en relacionar de forma metódica la riqueza con el trabajo, la inversión, la ciencia y la técnica, en un marco que planteaba la posibilidad de un crecimiento ilimitado, que beneficiaría a todos a través de la creación y la difusión de la prosperidad material<sup>7</sup>. El punto de partida de los ilustrados fue el carácter pródigo de la naturaleza “patria”, que permitiría a través del trabajo racionalmente guiado y la supresión de las trabas del intercambio comercial, la formación de una sociedad de la abundancia como horizonte utópico. Esto implicó una relativización de la importancia de la minería, actividad que había sido considerada tradicionalmente como primordial, y una revalorización de la agricultura y el comercio, puesto que la agricultura fijaba a los seres humanos a la tierra y el comercio los comunicaba entre sí<sup>8</sup>.

En esta relación dialéctica entre sedentarismo y movilidad, estaba sustentada la vida en sociedad y la civilización. Desde esta perspectiva, la exuberancia de la naturaleza no garantizaba la prosperidad de la sociedad, esta requería de la racionalización de los asentamientos y de los flujos de la población, del conocimiento de la ubicación y la utilidad de los frutos de la tierra y, sobre todo, del trabajo racional y del comercio. En esta medida, el conocimiento geográfico era indispensable para el ejercicio de la economía política y, por ende, para gobernar.

La geografía se constituyó desde los albores del siglo XIX en un saber patriótico y necesario para el buen gobierno. Los viajes y las publicaciones de Alexander von Humboldt, sumados a los trabajos y exhortaciones del importante letrado criollo Francisco José de Caldas en el *Semanario del Nuevo Reyno de Granada*, lograron despertar un profundo interés en las élites políticas e intelectuales neogranadinas en cuyas discusiones y propósitos solían aparecer la necesidad de poseer un conocimiento geográfico fiable<sup>9</sup>.

Desde las páginas del *Semanario del Nuevo Reyno de Granada*, los ilustrados publicaron artículos sobre la población, el clima, la economía y la historia, que, en muchos casos, convergían en torno a preocupaciones geográficas, por lo que no es de extrañar que el primer artículo publicado fuera “El Estado de la Geografía del Virreinato de Santafé de Bogotá con relación á la economía y ál comercio”, de autoría de Caldas, quien advirtió allí sobre la necesidad de crear una expedición geográfico-económica, conformada por un astrónomo, un botánico, un mineralogista, un encargado de la parte zoológica, un economista y dos o más diseñadores que recorriera el territorio del virreinato y publicaran los resultados de sus pesquisas<sup>10</sup>.

<sup>7</sup> Renán Silva, *Los ilustrados de Nueva Granada 1760-1808. Genealogía de una comunidad de interpretación*, Medellín, Universidad Eafit y Banco de la República, 2002.

<sup>8</sup> Pedro Fermín de Vargas, *Pensamientos políticos. Seguidos de una Memoria sobre la población de la Nueva Granada* [1789], Bogotá, Procultura, 1986.

<sup>9</sup> Mauricio Nieto Olarte, *Orden social y orden natural: ciencia y política en el Semanario del Nuevo Reyno de Granada*, Madrid, Centro Superior de Investigaciones Científicas, 2007.

<sup>10</sup> Francisco José Caldas, *Semanario de la Nueva Granada: miscelánea de ciencias, literatura, artes é industria* [1808-1810], París, Librería Castellana, 31.

A pesar de la importancia y acogida que tuvieron las ideas de Caldas, la lucha por la emancipación, los conflictos internos y las dificultades económicas entorpecieron este llamado, que fue retomado décadas más tarde a través de una ley aprobada en 1839, que autorizó al ejecutivo a contratar dos ingenieros geógrafos que recorriera el territorio nacional y elaboraran una carta general de la república y mapas corográficos de cada provincia. Sin embargo, como era común, esta ley no obtuvo resultados prácticos sino hasta diez años después con la conformación del equipo que integraría la Comisión Corográfica, que cumplió sus labores entre 1850 y 1859<sup>11</sup>.

La Comisión se constituyó, sin duda, en el proyecto geográfico más importante durante este siglo en el país y debe ser comprendida dentro del conjunto de reformas liberales de mediados del siglo XIX y su interés por transformar profundamente el Estado y la nación, al querer dejar atrás lo que se calificaba de rezagos coloniales. Se trataba, entonces, de facilitar y liberar las energías que estaban ya inscritas en la sociedad, pero que había que encauzar de forma eficiente. La efectividad de estas reformas requería del conocimiento sistemático de la población y del territorio nacional, conocimiento a partir del cual se pudieran construir caminos carreteables y trochas, fomentar el transporte fluvial, medir y dividir baldíos, atraer inmigrantes, impulsar el comercio, las manufacturas, la agricultura y la minería; en definitiva, modificar la sociedad acorde con lo que se consideraba su verdadera naturaleza y sus posibilidades, las cuales serían descubiertas por la Comisión.

Esta fue encargada, pues, de formar y de proporcionar el saber necesario para pasar de la potencia al acto o, en otras palabras, para administrar la población nacional y para nacionalizar a la que sin serlo, en un sentido estricto, habitaba en el territorio patrio. A pesar del consenso que había sobre la importancia de esta misión, los propósitos de este proyecto fueron entorpecidos por las constantes disputas políticas, la falta de presupuesto, el reemplazo de varios de sus miembros y la muerte de su director Agustín Codazzi en 1859.

Efraín Sánchez ha manifestado que las labores de esta empresa pueden ser divididas en dos etapas separadas por la revolución de 1854. En la primera, se exploraron y levantaron los mapas de aproximadamente 320.000 km<sup>2</sup>, en los cuales habitaba el 60% de la población neogranadina. Cinco fueron los viajes de este período, en los cuales se recorrieron, en orden cronológico las provincias de Vélez, Socorro, Tun-dama y Tunja; Soto, Ocaña, Santander y Pamplona; Córdoba, Medellín y Antioquia; Chocó, Barbacoas, Tuquerres y Pasto; Chiriquí, Veraguas, Azuero y Panamá. Durante la segunda etapa de trabajo de campo se exploraron, en orden cronológico, las provincias de Cauca, Buenaventura y Popayán; Casanare; Neiva, Mariquita y el territorio de Caquetá; el Estado de Cundinamarca<sup>12</sup> (cuyos trabajos se habían adelantado

<sup>11</sup> Efraín Sánchez, *Gobierno y geografía. Agustín Codazzi y la Comisión Corográfica de la Nueva Granada*, Bogotá, Banco de la República y El Áncora Editores, 1999.

<sup>12</sup> En 1850, la Nueva Granada estaba dividida en provincias; en 1855, Panamá se constituyó en el primer Estado federal, seguido por Antioquia y Tolima en 1856, Santander, Cauca, Cundinamarca, Boyacá, Bolívar y Magdalena en 1857.

entre 1856 y 1857). El décimo recorrido se realizaría por los Estados de Magdalena y Bolívar, pero Codazzi murió al principio de esta expedición.

Una de las características más notables de la Comisión fue la inestabilidad de sus miembros: Agustín Codazzi su director fue el único miembro permanente entre 1850 y 1859; el cargo de secretario fue ocupado por Manuel Ancízar en las dos primeras expediciones (1850-1851), pero a partir de 1852 fue reemplazado por Santiago Pérez. Tres fueron las personas que se desempeñaron como pintores: Carmelo Fernández (1851), Henry Price (1852) y Manuel María Paz, quien se vinculó extraoficialmente desde 1853. Los estudios botánicos corrieron a cargo de José Jerónimo Triana a partir de 1851. Domingo Codazzi, hijo del director, también viajó con la Comisión en varias ocasiones. Los trabajos cartográficos fueron encargados, después de su disolución, a Manuel María Paz y a Manuel Ponce de León en 1859; dos años después Felipe Pérez fue contratado para encargarse de las descripciones geográficas.

Muchos de los resultados de la Comisión no fueron publicados en su momento, otros se perdieron para siempre o fueron sustancialmente modificados. Manuel Ancízar, bajo el pseudónimo de *Alpha* publicó un conjunto de relatos entre el 21 de marzo de 1850 y el 21 de diciembre de 1851 en el periódico *El Neogranadino*; en 1853, estos fueron compilados y publicados como libro, con el elevado tiraje para la época de 2000 ejemplares, bajo el título de *Peregrinación de Alpha (M. Ancízar) por las provincias del norte de la Nueva Granada, en 1850 i 1851*. En este texto, se da plena cuenta de la colossal labor de la Comisión y de Ancízar en particular, quien se entrevistó con los lugareños, indagó en archivos parroquiales, confrontó la información con sus lecturas de cronistas e historiadores y utilizó la información geográfica elaborada por Codazzi<sup>13</sup>.

Entre 1850 y 1854, la *Gaceta Oficial* publicó los informes de los viajes realizados entre 1850 y 1852, correspondientes a las geografías de Vélez, Socorro, Soto, Pamplona, Santander, Tunja, Tundama, Ocaña, Córdoba, Medellín y Antioquia. Algunos de estos informes fueron impresos posteriormente en la *Jeografía física i política de las provincias de la Nueva Granada*<sup>14</sup> editada en 1856, sin la aprobación de Codazzi, quien prefería publicar la obra completa<sup>15</sup>. Tres libros más fueron publicados bajo la supervisión de Felipe Pérez a partir de los resultados de la Comisión, a lo que agregaría información de otras fuentes<sup>16</sup>. En 1889 fue publicado el *Atlas geográfico é histórico de la República de Colombia (Antigua Nueva Granada)*, cuyos textos y cartografía estuvieron basados en el trabajo de Codazzi y su equipo.

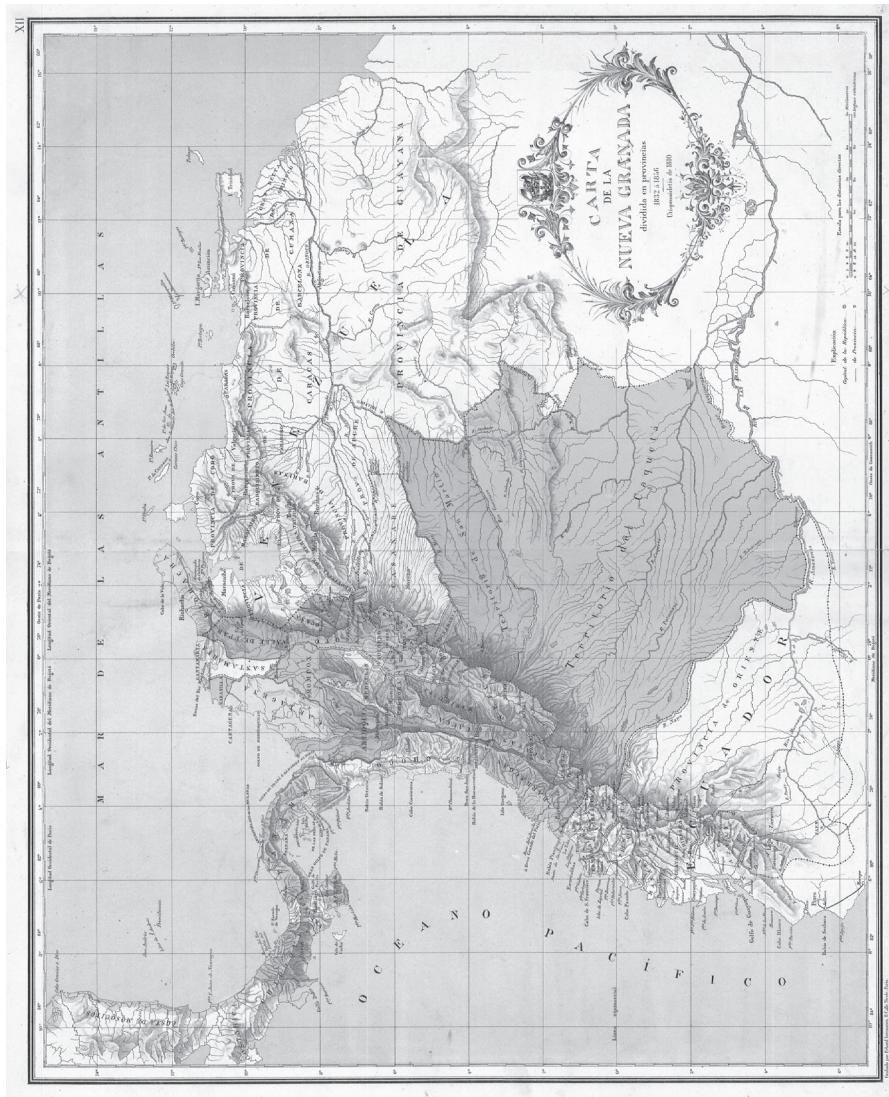
<sup>13</sup> Gilberto Loaiza Cano, *Manuel Ancízar y su época. Biografía de un político hispanoamericano del siglo XIX*, Medellín, Universidad de Antioquia, 2004, 198-199. Olga Restrepo, “Un imaginario de la nación. Lectura de láminas y descripciones de la Comisión Corográfica”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 26, Bogotá, 1999, 30 y ss. Sánchez, *op. cit.*, 533 y ss.

<sup>14</sup> Comisión Corográfica, *Jeografía física y política de las provincias de la Nueva Granada*, Bogotá, Imprenta del Estado, 1856.

<sup>15</sup> Sánchez, *op. cit.*, 35.

<sup>16</sup> Felipe Pérez, *Jeografía física i política de los Estados Unidos de Colombia*, tomo primero, Bogotá, Imprenta de la Nación, 1862; *Jeografía física i política de los Estados Unidos de Colombia*, tomo segundo, Bogotá, Imprenta de la Nación, 1863; *Jeografía jeneral de los Estados Unidos de Colombia*, París, Librería de Bouret, 1865.

Mapa 1. *Carta de la Nueva Granada dividida en provincias entre 1832 y 1855*<sup>17</sup>



<sup>17</sup> Extraído de: Felipe Pérez y Manuel María Paz, *Atlas geográfico é histórico de la república de Colombia (Antigua Nueva Granada) el cual comprende las repúblicas de Venezuela y Ecuador con arreglo a los trabajos geográficos del general de ingenieros Agustín Codazzi*, París, Imprenta A. Lahure, 1889.

## LA BIOPOLÍTICA Y LAS ESCALAS DE LA GESTIÓN: EL POBLADO

Diversos autores han planteado que la Comisión construyó y difundió la representación de una nación fragmentada territorial y poblacionalmente<sup>18</sup>. Esto no es para nada extraño si consideramos que la corografía fue tradicionalmente considerada como un saber sensorial, cualitativo y analítico que conocía a través de la división y la descripción más o menos detallada de una totalidad y que como tal se oponía y complementaba al conocimiento cuantitativo, formalizado y sintético de la geografía física<sup>19</sup>. En el siglo XIX, esta división no era tan tajante, lo que permitió que Codazzi y su equipo partieran de la corografía para llegar a la geografía, a través de un camino que incluía el registro minucioso de los detalles físicos y sociales a través de la observación directa, la medición y la cuantificación esmerada de lo observado, y la representación del espacio a través de su formalización matemática, lo cual garantizaría un resultado considerado como objetivo y científico<sup>20</sup>.

La fragmentación del espacio facilitaba una administración diferencial de la población. El biopoder se ejercía de diversas formas, tenía diferentes alcances y apuntaba a objetivos disímiles, de acuerdo con la escala en que se ejerciera. Se hace necesario entonces detenerse en algunas de las escalas de descripción que utilizó la Comisión Corográfica, ya que cada una de estas ofrece un tipo particular de información a interpretar. Para los propósitos de este análisis, la atención se concentrará en los poblados y en las provincias.

La unidad analítica de menor escala fue el poblado, esta unidad no fue claramente definida; sin embargo, a través de la lectura de las fuentes es posible interpretar que se trataba de un conjunto de viviendas, de personas y sus relaciones, que podían recibir diferentes denominaciones: ciudades, villas, parroquias, vecindarios, aldeas o caseríos, de acuerdo con su jerarquía administrativa y con lo numeroso de su población. En definitiva, se trataba de unidades socioespaciales, que concentraban un grupo de personas en un entorno construido. Los poblados fueron objeto de una especial atención por parte de Manuel Ancízar, quien fue el encargado, en las dos primeras expediciones, de lo que se podría denominar la “geografía humana” de la empresa, a diferencia de Agustín Codazzi, quien se encargó de la “geografía física”. Un poblado

<sup>18</sup> Julio Arias Vanegas, *Nación y diferencia en el siglo XIX colombiano. Orden nacional, racialismo y taxonomías poblacionales*, Bogotá, Universidad de los Andes, 2005, 106 y ss. Brooke Larson, *Indígenas, élites y Estado en la formación de las repúblicas andinas, 1850-1910*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos y Pontificia Universidad Católica del Perú, 2002, 51. Restrepo, *op. cit.*, 46 y ss. Cristina Rojas, *Civilización y violencia. La búsqueda de la identidad en la Colombia del siglo XIX*, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana y Norma, 2001, 213.

<sup>19</sup> Lucia Nuti, “Mapping Places: Chorography and Vision in the Renaissance”, Denis Cosgrove (ed.), *Mappings*, Londres, Reaktion Books, 1999, 90.

<sup>20</sup> Germán Mejía Pavony, “La ciudad observada. Agustín Codazzi en Bogotá, 1849-1858”, Augusto Gómez, Guido Barona, Apolinar Figueroa y Camilo Domínguez (eds.), *Geografía física y política de la Confederación Granadina. Estado de Cundinamarca y Bogotá –antiguas provincias de Bogotá, Mariquita, Neiva y San Martín–. Obra dirigida por el General Agustín Codazzi*, Bogotá, Alcaldía Mayor de Bogotá, Departamento de Cundinamarca, Universidad Nacional de Colombia y Universidad del Cauca, 2003, 74.

debía ser descrito en sus diversas facetas, que incluían el aspecto, la demografía, la moralidad, el gobierno y las autoridades, la educación y los oficios de sus habitantes.

El aspecto de un poblado era un signo de su capacidad para el progreso, de su estancamiento o de su decadencia. Sin importar si se trataba de una ciudad o de un caserío, el estar rodeado de sementeras y conectado con buenos caminos, era un buen presagio que generalmente se ratificaba con calles empedradas y limpias, predominio de las casas con techo de teja sobre las que tenían techo de paja, diversiones públicas honradas, iglesias y escuelas sólidamente construidas y adecuadamente dotadas y vecinos honrados, sanos y aseados. De esta forma se establecía una continuidad entre la materialidad de los núcleos urbanos y el carácter de su población, así como sus virtudes civiles, todas estas preocupaciones centrales de la Comisión Corográfica.

Estos intereses instauraron un esfuerzo biopolítico, sustentado en la serie población-procesos biológicos-mecanismos reguladores-Estado<sup>21</sup>. Ancízar se preocupó por conocer y transcribir el número de habitantes de cada poblado, su estado general de salud, las tasas de natalidad y de mortalidad, el porcentaje de hijos ilegítimos. A través de esta información, se realizaba un diagnóstico sobre el estado general de la población y su capacidad para la vida civilizada, a la par que se planteaba la necesidad de disminuir el porcentaje de hijos ilegítimos y de aumentar el número de habitantes a través de la reducción de la mortalidad.

La importancia dada a la legitimidad o ilegitimidad de la descendencia muestra claramente cómo el proyecto biopolítico se construyó a través de la articulación de un dispositivo que hizo parte propiamente de este proyecto: el de la sexualidad con su preocupación por la invención, la anexión, la proliferación y la penetración en la sociedad entendida como organismo, y un dispositivo que lo precede, el de la alianza, que está orientado a la homeostasis del cuerpo social y que hace del ajuste de la reproducción al derecho su objetivo estratégico<sup>22</sup>.

No se trataba, pues, solo de dejar morir, sino también de hacer vivir, en este caso bajo los principios de una moral a caballo entre la tradición señorial y la urbanidad moderna<sup>23</sup>, la regulación de las costumbres pasaba, entonces, a pesar del liberalismo de la Comisión Corográfica, por la articulación entre el Estado y las autoridades eclesiásticas. La figura del sacerdote civilizador, excelente párroco por ser buen ciudadano, al decir de Ancízar, es central en la *Peregrinación de Alpha*; este personaje debía fomentar las diversas industrias, alejar el fanatismo y la superstición, garantizar las buenas costumbres e impulsar los sanos entretenimientos.

Michel Foucault planteó que el arte de gobernar, que emergerá desde el siglo XVIII y del cual la Comisión será una expresión en lo que hoy es Colombia, tuvo tres grandes puntos de apoyo: la nueva técnica diplomática-militar, la policía y el poder pastoral. Este último tendría cuatro características principales: 1) se ejerce sobre una multiplicidad en movimiento, es decir, privilegia el rebaño al territorio, aunque

<sup>21</sup> Foucault, *Defender la sociedad*, op. cit., 226.

<sup>22</sup> Michel Foucault, *Historia de la sexualidad. La voluntad de saber*, México, Siglo XXI Editores, 1991, 130.

<sup>23</sup> Pedraza Gómez, *En cuerpo y alma*, op. cit., 25 y ss.

en nuestro caso la idea de movimiento funciona como una metáfora más amplia que hace referencia a la actividad como movilidad; 2) es un poder que se postula a sí mismo como benevolente, su objetivo es hacer el bien, salvar al rebaño; 3) en esta medida, el ejercicio del poder por parte de los pastores hace parte de su misión, le da sentido a su posición y, por ende, el poder pastoral solo se manifiesta efectivamente mediante el celo y la dedicación prácticamente infinita del pastor, y 4) es un poder individualizador que se ejerce sobre todos y cada uno, pero para serlo es también un poder sacrificial, “sacrificio de sí mismo por la totalidad de su rebaño, sacrificio de la totalidad del rebaño por cada una de las ovejas”<sup>24</sup>.

En esta medida, el gobernante patriota era un buen pastor, por lo que no era de extrañar que los pastores pudieran ser a su vez unos buenos y necesarios gobernantes, aunque sea en los poblados que se escapaban de la acción directa de los letrados patriotas y en los cuales la acción estatal llegaba debilitada. Manuel Ancízar, al referirse al sacerdote de Coper, parroquia perteneciente al cantón de Chiquinquirá, planteaba:

“El de Coper es un hombre llano, franco i abierto, que se ríe sonoramente, viste ruana i alpargatas i persigue con tesón los venados en las montañas vecinas. Activo i emprendedor, no se contenta con predicar el trabajo, sino descuaja monte i siembra caña y maizales, i en tiempo de cosecha convierte en granero toda su casa, (sic) inclusa la sala. Hospitalario i alegre, anima a sus feligreses con el ejemplo i la palabra, i poco a poco va despertándolos de su jenial letargo i corrijiéndoles las costumbres. Está en su elemento: no envidia otros curatos, i es probable que a vuelta de pocos años él mismo se admire de la revolución que habrá causado en su parroquia. ¡El Cura! he aquí el ajente positivo, único quizas, de civilización para los pueblos distantes de las capitales i centros mercantiles. A la educación i mantenimiento de los Curas debiera dirijirse la meditación del Gobierno, persuadido de que hasta no reformarlos i levantarlos a la altura de su misión, el progreso moral, intelectual i material de la población jornalera i agricultora de las parroquias será lento, muy lento, a pesar de las instituciones republicanas que ella no conoce i cuyos beneficios no le alcanzan en medio de su ignorancia suma”<sup>25</sup>.

Para Ancízar, un mal cura envilecía a la mitad de sus fieles y trastornaba la base fundamental de todas las sociedades civilizadas: la familia, cuna de las creencias y de las costumbres. La figura del pastor era aún más importante que la de los alcaldes, sobre todo en los “[...] pueblos retirados e incipientes, donde el Alcalde es un pobre rústico que ni aun la Constitución política ha leido, i la acción de las leyes llega floja i desvirtuada, si acaso llega”<sup>26</sup>. No era de extrañar entonces que, en la *Peregrinación*, se responsabilizara a varios sacerdotes del atraso de sus fieles, tal vez el caso más ilustrativo sea el de Maripí, lugar con gran relajación de las costumbres y en donde anualmente nacían 35 personas y morían 29, dado que el cura era un pobre viejo que no podía cumplir sus deberes, según Ancízar.

<sup>24</sup> Foucault, *Seguridad, territorio, población*, op. cit., 158.

<sup>25</sup> Manuel Ancízar, *Peregrinación de Alpha por las provincias del norte de la Nueva Granada en 1850 i 1851*, Bogotá, Echeverría, 1853, 46.

<sup>26</sup> *Ibid.*, 57.

El alcalde, a quien iban a parar todas las leyes y disposiciones gubernamentales para su ejecución, era, por su parte, regularmente una figura decorativa que asumía algún labrieguero obligado por la presión de los jefes políticos, los tinterillos y los gamonales, que lo obligaban a abandonar su estancia y sus cultivos y a verse sometido a sus presiones e incluso a multas. Contra esto se planteaba la necesidad de atraer jóvenes letrados a estos cargos, a través de la asignación de un sueldo o, en otras palabras, de expandir el ejercicio de un poder fundado en el saber.

Una de las principales responsabilidades de sacerdotes, alcaldes y de los vecinos ilustrados en general debía ser, a juicio de la Comisión, la instrucción pública; esta se presentaba ante sus ojos como un signo de civilización o de barbarie. Para Manuel Ancízar, cada poblado debía poseer una escuela primaria bien dotada y atendida; además, la instrucción pública primaria debía incluir tanto a los niños como a las niñas y, al igual que la instrucción secundaria, debía ser práctica y congruente con la necesidad del progreso material de la Nueva Granada y de los poblados en particular. El ideal de lo práctico era tan fuerte que, a pesar de la importancia dada a la instrucción y las frecuentes críticas a la poca cantidad de niños escolarizados en la mayoría de poblados, distritos y cantones y, por ende, en las diferentes provincias, Ancízar daba la razón a algunos padres de familia campesinos a quienes:

“La experiencia les ha hecho ver que sus hijos envejezen en las llamadas escuelas sin acabar de aprender, i no quieren verlos perdiendo tiempo en esta *vagancia honrada*, cuando pueden i deben ayudarles en las faenas del campo. Tienen mil veces razon, porque en semejantes escuelas jamas se aprenderá nada con solidez i prontitud; i los notables i las autoridades de cada uno de esos pueblos nunca hallarán disulpa a los ojos del patriota, ni dejarán de ser moralmente responsables de todas las consecuencias que nacen de la ignorancia”<sup>27</sup>.

La instrucción pública se transformaba en buena medida en una combinación de alfabetización básica con lo que Ancízar denominaba educación industrial, de carácter agrícola y artesanal en las diferentes provincias que recorrió. En el caso particular de las mujeres, ser instruidas les permitía escapar de ocupaciones deshonestas para ganarse la vida, puesto que para este letrado la miseria y la corrupción iban siempre de la mano. La educación industrial del sexo femenino consolidaría y expandiría un hecho que se daba ya en algunos de los poblados visitados: la existencia de una clase media de mujeres trabajadoras dedicadas al comercio y la fabricación de bienes como sombreros, con los cuales se sustentaban a sí mismas y a sus familias sin abandonar sus hogares; ellas se caracterizaban por su sobriedad y limpieza en el vestir, a la par de la dulzura de su carácter, puesto que “en el corazon de estas escelentes hijas del pueblo no tiene cabida el orgullo ni la dureza que en otros menguados produce la posesión de riqueza”<sup>28</sup>.

<sup>27</sup> *Ibid.*, 79-80.

<sup>28</sup> *Ibid.*, 90.

La representación de la educación estaba polarizada entre una instrucción que era considerada prácticamente medieval y una instrucción moderna. La enseñanza del latín, del español, del francés y de la filosofía eran señaladas como inútiles, en tanto no servían para explotar las minas, hacer prosperar la agricultura, construir caminos o realizar manufacturas. Las matemáticas, las ciencias naturales, la contabilidad, la geografía y la economía política eran ejemplos de saberes modernos, de los cuales el país recogería frutos de riqueza para todos<sup>29</sup>. La educación era, pues, necesaria para la riqueza nacional y para el acceso a la ciudadanía, de ahí se desprende que era indispensable para la existencia de la nación y para la formación de individuos autónomos y productivos.

#### LA BIOPOLÍTICA Y LAS ESCALAS DE LA GESTIÓN: PROVINCIAS

La segunda unidad de análisis corográfica es el distrito parroquial, estos eran una división oficial de los cantones y estaban conformados por la unión de varios poblados y sus campos subyacentes. Se pasará de largo sobre ellos, por cuestiones de espacio y por que, a pesar de que Ancízar menciona en alguna ocasión que eran la base del edificio de la República<sup>30</sup>, sus descripciones recapitulan buena parte de lo mencionado en los poblados.

El cantón, por su parte, se encontraba conformado por la reunión de varios distritos parroquiales. La información suministrada por Manuel Ancízar es diversa y varía de cantón a cantón. Sin embargo, los intereses generales son la población: número total de habitantes, de nacimientos, de defunciones<sup>31</sup>, de hijos ilegítimos y de matrimonios; la extensión total de los cantones en leguas neogranadinas cuadradas<sup>32</sup>; el número de niños que asistía a la escuela; el número de personas juzgadas o sentenciadas y el tipo de delitos que se cometían; el número de esclavos<sup>33</sup>; las principales industrias y sus productos, y el movimiento anual en pesos del comercio de cada cantón. Además, en el informe general de la Comisión, se realizaba un breve recuento histórico de cada cantón, se establecían sus límites, se describía el clima, el espacio, la población, las principales industrias (entiéndase actividades productivas) y los recursos, así como el comercio<sup>34</sup>. En ambos escritos, se hacía explícita, en ocasiones, la extensión que se encontraba habitada y la que se hallaba desierta, lo que hacía subir a veces de forma muy notoria la densidad demográfica.

“Numéranse en el mencionado cantón 38,300 habitantes, que ocupan un área de 20 leguas cuadradas, siendo 5 de páramos casi desiertos; de forma que en los 15 restantes resultan

<sup>29</sup> Pérez, *Geografía jeneral de los Estados Unidos de Colombia*, *op. cit.*, 259.

<sup>30</sup> *Ibid.*, 124.

<sup>31</sup> Aquí se incluiría también el número en que aventajaban los primeros a los últimos, para calcular cada cuánto se doblaba la población de los cantones.

<sup>32</sup> Una legua neogranadina cuadrada es equivalente a 5 km<sup>2</sup>.

<sup>33</sup> La esclavitud se aboliría finalmente en 1851.

<sup>34</sup> Comisión Corográfica, *op. cit.*

2,553 habitantes por legua cuadrada, población específica de que la Europa misma, excepto Bélgica i Holanda, presenta muy pocos ejemplos, i que desde luego sujiere la idea de un territorio fértil i fraccionado en pequeñas heredades. Así es en realidad; i nada complace tanto como la vista de aquellos campos cuajados de variadas sementeras, divididos en pequeñas estancias i tan aprovechado el suelo, que los bueyes i vacas no tiene mas espacio para pasar amarrados que las orillas de las cercas i los lugares recién desocupados por las cosechas. Allí no hay ociosos: los que no están labrando la tierra se atarean en transportar sus frutos a los mercados de los pueblos, i aun los pequeñuelos, todavía en la infancia, desempeñan los oficios de pastores de ovejas y guardadores vijilantes del ganado mayor”<sup>35</sup>.

Esta cita muestra la estrecha relación entre las cifras de mortalidad, natalidad, legitimidad de los nacimientos, número de pobladores y la jerarquización de espacios singulares dentro de los cantones y de las provincias. La información demográfica permitía inferir una apropiación particular del espacio, que estaba marcada ya fuera por la laboriosidad o por la indolencia, a la par que la construcción de representaciones sobre el espacio permitía suponer un estado de civilización que se reflejaba directamente en el estado de la población y sus variables demográficas<sup>36</sup>.

La provincia es la cuarta y la más grande unidad de análisis utilizada por la Comisión Corográfica. Dentro de la descripción física de cada provincia, sobresale el ítem *aspecto del país*, el territorio tal como se presenta a los sentidos, especialmente a la vista, del viajero<sup>37</sup>. El país puede ser comprendido como el territorio o tal vez como el paisaje, la densidad material, si se permite la expresión, de la provincia; el país no era el espacio, era el resultado del vínculo entre el espacio, la historia y la sociedad; este vínculo transformaba el espacio, lo volvía país y por tanto lo diferenciaba ya que la relación entre los tres términos mencionados variaba de provincia en provincia.

Sin embargo, esta variación no se escapaba del ordenamiento de los viajeros científicos, la diversidad de aspecto del país se organizaba, generalmente, alrededor de tres modalidades: los valles interandinos, en los cuales se concentraba la población; las montañas o grandes cerros generalmente con alguna población dispersa, y los desiertos, conformados por breñas inaccesibles, tupidos bosques, helados páramos o ardientes valles ribereños.

La calidad de desierto no tiene, por supuesto, ninguna relación directa con la pluviosidad o la humedad de la zona; los desiertos eran aquellas extensiones que se representaban como deshabitadas o, más exactamente, como deshabitadas por personas y sociedades capaces de imponerse sobre la naturaleza; los desiertos serían, entonces, los lugares en los cuales las sociedades no habían logrado imponer su huella, en donde la naturaleza primaba sobre la historia, el comercio estaba ausente (a juicio de los miembros de la Comisión) y la población estaba conformada, en su

<sup>35</sup> Ancízar, *op. cit.*, 351.

<sup>36</sup> Philippe Colin, *Du paysage de l'un à l'autre du paysage. Discours du paysage, identité(s) et pouvoir en Colombie au 19e siècle*, Nanterre, Tesis de doctorado presentada a la Universidad de París - Ouest - Nanterre - La Défense, 2009, 252.

<sup>37</sup> Comisión Corográfica, *op. cit.*

mayoría, por personas negras o indígenas, que no disponían de títulos de propiedad sobre la tierra en que habitaban. En buena medida, los desiertos se superponían a la categoría de baldíos, y su caracterización estaba sustentada en juicios morales y en juicios estéticos, es decir, somáticos o sensibles, en tanto remitían a las sensaciones, generalmente molestas, que los desiertos provocaban en sus habitantes y, sobre todo, en sus visitantes<sup>38</sup>.

Los desiertos parecían ser especialmente pertinaces en los Estados de la costa Atlántica. Felipe Pérez no podía dejar de expresar asombrado que la población del Estado del Magdalena se duplicaba solo cada 100 años, lo que atribuía al carácter destructor del clima y al poco vigor de la raza en algunos parajes. Este Estado estaba compuesto por ciénagas de carácter malsano, sabanas aptas para la explotación pecuaria, pero que se encontraban en un inútil reposo, y por la Sierra Nevada de Santa Marta, “hoy completamente desierta o visitada cuando mas por algunas tribus semi-bárbaras, ella parece ser el don mas precioso que la naturaleza ha hecho al Estado”<sup>39</sup>. La situación del Estado de Bolívar era tanto más preocupante en cuanto la población allí disminuía, fenómeno que no se presentaba ni en las hoyas del Cauca o del Magdalena, ni en el Patía, y para el cual no se tenía una explicación.

En ocasiones, la trilogía valles interandinos-montañas-desiertos se transformaba en una dicotomía entre las zonas pobladas y las zonas desiertas, esto generalmente acontecía cuando al describir cada provincia o cada cantón se especificaba el total de leguas granadinas cuadradas que se encontraban pobladas y el número de leguas granadinas cuadradas desiertas; como ya se planteó, también era común que la densidad poblacional de las provincias fuera presentada primero contando los desiertos y luego sin contarlos, en un afán por mostrar una densidad demográfica mayor, la cual era considerada muestra del progreso de la provincia o del cantón. Aunque, simultáneamente, esta forma de contabilizar la población y el territorio mostraba el predominio de los desiertos en varias de las provincias. Por ejemplo, Chocó, poseía en total 1.900 leguas cuadradas granadinas, de las cuales 1.492 fueron calificadas como baldíos, lo que dio lugar a que Codazzi calculara que la proporción de la población por leguas cuadradas granadinas era de 23 personas sobre el total del territorio y 167 sobre la parte habitada<sup>40</sup>.

Para Pérez, la población de un país se dobraba cada 130 años, si las condiciones eran adversas o cada 25 años si eran extremadamente favorables. Los inmensos bienes, la variedad de climas, la posición geográfica, las instituciones libres, las costumbres morales, la religión pura y el vigor de la raza hacían absurdo pensar en la pri-

<sup>38</sup> Arias Vanegas, *op. cit.* Esteban Rozo, “Naturaleza, paisaje y sensibilidad en la Comisión Corográfica”, *Revista de Antropología y Arqueología* 11:1-2, Bogotá, 1999, 71-116. Álvaro Villegas Vélez, “Paisajes, experiencias e historias en las dos primeras expediciones de la Comisión Corográfica, Nueva Granada, 1850-1851”, *Historia y Sociedad* 20, Medellín, 2011, 91-112.

<sup>39</sup> Pérez, *Geografía física y política de los Estados Unidos de Colombia*, tomo segundo, *op. cit.*, 574.

<sup>40</sup> Agustín Codazzi, “Estado del Cauca” [1853-1855], Guido Barona, Camilo Domínguez, Augusto Gómez y Apolinar Fígueroa (eds.), *Geografía física y política de la Confederación Granadina, Estado del Cauca, provincias del Chocó, Buenaventura, Cauca y Popayán, Provincias de Pasto, Túquerres y Barba-coas*, Popayán, Universidad del Cauca, 2002, 100.

mera posibilidad para la Unión Colombiana; la falta de vías comerciales, de espíritu de empresa y de brazos, el poco tiempo de vida independiente y el cordón de tribus bárbaras, que rodeaban y constreñían la civilización hacían impensable la segunda opción. El territorio nacional era, pues, un espacio lleno de potencial mirado a través del lente de la naturaleza y mayúsculamente pobre observado a través del lente de la industria. Aún así, podría albergar en un futuro unos 100 millones de habitantes, población que solo tenían en ese momento China y el Indostán. Atraer gente y garantizar su rápida multiplicación era la cuestión principal. Pérez sintetizó sus argumentos, planteando que:

El atraso mercantil está por tanto en la escasez de brazos, en la falta de población, sin la cual no es posible que la producción i el consumo tomen proporciones felices en el interior; i cuanto al exterior ¿qué puede hacer, a este mismo respecto, una nación encerrada entre grandes cordilleras, sin vías de tránsito ni marina propia? Jente es pues lo único que falta a Colombia, i mientras no la tenga, todo esfuerzo industrial será mas o menos estéril<sup>41</sup>.

De forma similar a lo hecho por Agustín Codazzi en el *Resumen de la Geografía de Venezuela* y en el *Atlas Físico y Político de la República de Venezuela*, editado en 1841<sup>42</sup>, la Comisión Corográfica produjo en sus representaciones dos tipos de espacios. Un espacio productivo y habitado, en el que se conectaban a veces débilmente, en ocasiones con mayor fortaleza, diferentes poblaciones, recursos, industrias y mercados, y un espacio desierto, sin caminos o con caminos prácticamente intransitables. Pero, si se agregaba la dimensión temporal, los espacios desiertos veían atenuados su carácter y se transformaban en espacios virtualmente nacionalizables y productivos. La narrativa pedagógica de Codazzi y sus colegas se sustentaba en la expansión de la primera modalidad espacial sobre la segunda. La dimensión performativa de esta narración emergía cuando se resaltaban las dificultades de esta expansión<sup>43</sup>.

En general, los informes de los diferentes miembros de la Comisión Corográfica en el ámbito provincial buscaron identificar la población, las industrias, los recursos y las mercancías, las vías de comunicación y los mercados para hacer esta expansión posible. El énfasis estaba puesto en el flujo, en la puesta en circulación de lo que estaba (en)cerrado; no en vano la Comisión concentró buena parte de sus esfuerzos en encontrar las mejores posibilidades para el mantenimiento, el mejoramiento o la construcción de vías de comunicación que aumentaran el intercambio comercial tanto nacional como internacional. Se trataba, en buena medida, de organizar el espacio,

<sup>41</sup> Pérez, *Geografía jeneral de los Estados Unidos de Colombia*, *op. cit.*, 251.

<sup>42</sup> José J. Rojas López, “Agustín Codazzi y los paisajes de una geografía imaginaria en Venezuela”, *Revista Geográfica Venezolana* 48:2, Mérida, 2007, 299-308.

<sup>43</sup> Homi K. Bhabha ha mostrado cómo la narración de la nación tiene dos dimensiones, una pedagógica y otra performativa. En la primera el acento está puesto en representar la nación como una totalidad homogénea y continua, poseedora de una *identidad* definida desde sus *orígenes* y con una temporalidad acumulativa en la cual se desplaza desde un pasado inmemorial hacia un futuro prometedor; en la segunda, en cambio, se hace visible la inevitable dispersión que la primera dimensión pretende velar, y las representaciones de la nación se convierten en procesos marcados por las rivalidades, la heterogeneidad y el inacabamiento. Homi K. Bhabha, *El lugar de la cultura*, Buenos Aires, Manantial, 2002.

a través de la subordinación de los trayectos a los puntos, es decir, estriar los espacios lisos, al forzarlos a ingresar en la lógica de la propiedad y de la cuantificación<sup>44</sup>, como lo muestran las tablas con los itinerarios elaboradas por la Comisión Corográfica, en estas a cada paraje se le asignaba su calidad (casas, vecindario, parroquia, desierto), su temperamento (cálido, enfermizo; cálido, no muy sano; templado, sano; frío, sano), su distancia en leguas granadinas del paraje anterior, las leguas de cada jornada de marcha, las horas de marcha de tropa y la descripción del camino<sup>45</sup>.

El comercio era considerado un importante vitalizador de provincias, cantones, distritos y poblados. Desde la trinchera liberal, en la cual se encontraba la Comisión, el libre desarrollo del comercio requería la eliminación de las trabas procedentes del Antiguo Régimen. Para Manuel Ancízar en particular, la raza y la educación de la población hacían necesaria cierta originalidad en la forma de gobernar, puesto que el gobierno no debía hacer todo, pero tampoco podía aplicar en sentido estricto el *laissez-faire*. Las autoridades debían derogar las leyes antieconómicas y promulgar otras de fomento, abrir gradualmente nuevas y buenas vías de comunicación y fundar el crédito agrícola. Esto, en su opinión, era justamente lo que había hecho la administración de Tomás Cipriano de Mosquera (1845-1849), que legisló liberalmente en cuanto al oro, dio la libertad de cultivar, procesar y expender tabaco, y moderó la tasa para las importaciones, lo cual favoreció en primer lugar a la agricultura y luego al comercio, pues la primera era la única industria nacional. La prosperidad de la industria agrícola era central dada la vocación agroexportadora del país, lo que la hacía un *a priori* del comercio y de las manufacturas, en definitiva, de la riqueza pública.

Como se puede apreciar, la racionalidad del gobierno liberal, que estaba implícita en la Comisión Corográfica no rehuía la articulación del Estado con la Iglesia Católica o la intervención estatal en obras públicas y en la legislación económica. Esta racionalidad estaba fundada en la difícil tarea de descubrir cuándo más era menos y cuándo menos era más, en un ejercicio aritmético cuya finalidad última, utópica, era reducir su acción a cero. Pero esta reducción tenía como condición de posibilidad la racionalidad de los gobernados, lo que hacía de su reducción un hecho postergado indefinidamente, dada, las características poblacionales.

Se trataba, entonces, de sustituir las regulaciones artificiales del Estado por las regulaciones naturales –sin importar que provinieran del medio, del organismo social o de la esquiva naturaleza humana–, que debían gobernar el mercado y la población. De esta forma, la práctica del gobierno estaba constantemente puesta en duda por la desconfianza ante el ejercicio excesivo de este. La población como blanco privilegiado del biopoder, era al mismo tiempo su límite, en tanto se debía dar un margen cre-

<sup>44</sup> “Lo liso y lo estriado se distingue en primer lugar por la relación inversa del punto y de la línea (la línea entre dos puntos en el caso de lo estriado, el punto entre dos líneas en lo liso). En segundo lugar, por la naturaleza de la línea (lisa-direccional, intervalos abiertos; estriado-dimensional, intervalos cerrados). Por último, existe una tercera diferencia que concierne a la superficie o al espacio. En el espacio estriado se delimita una superficie y se ‘reparte’ según intervalos determinados, según cortes asignados; en el liso, se ‘distribuye’ en un espacio abierto, según las frecuencias y la longitud de los trayectos (*logos* y *nomos*)”. Gilles Deleuze y Félix Guattari, *Mil meetas. Capitalismo y esquizofrenia*, Valencia, Pre-Textos, 1997, 489.

<sup>45</sup> Codazzi, *op. cit.*, 126-129.

ciente de libertad al comportamiento de los gobernados, siempre y cuando este fuera racional<sup>46</sup>. No se trataba entonces de disponer adecuadamente a los súbditos sobre el espacio, como en las reformas borbónicas, sino de descubrir las leyes internas de los procesos socioeconómicos y abolir lo que estorbaba a su cumplimiento.

Así, era necesario un acoplamiento perfecto entre las leyes naturales y las leyes promulgadas por los *hombres* y, por supuesto, la traducción de estas últimas en acciones concretas, que en el territorio nacional pasaban por el crédito agrícola y la construcción de vías, acciones que no podían verse supeditadas al interés privado que se mostraba como perezoso y tímido. El gobierno debía actuar hasta que los ciudadanos se acostumbraran a buscar el pan y la civilización.

Los caminos, en particular, eran considerados necesarios para el progreso material y espiritual, puesto que a través de ellos se difundía la religión, la educación y la fraternidad entre los habitantes de las diferentes secciones del país, dado el fortalecimiento de los vínculos de amistad e intereses, por lo cual no es de extrañar que Codazzi enviara numerosas cartas a las autoridades locales y provinciales dando indicaciones claras sobre el trazado y las características técnicas de los caminos que se debían construir; indicaciones que generalmente eran desoídas, tanto por falta de interés como por ausencia de los recursos necesarios.

La provincia de Pasto ilustra claramente la importancia que le dio la Comisión Corográfica a las vías de comunicación. Esta provincia ubicada al sur del país y fronteriza con Ecuador, tuvo una notoria mala reputación para muchos letrados del interior del país, dado su apoyo a la causa realista y su constante y activa participación en las guerras civiles. Al respecto, Agustín Codazzi relató cómo había escuchado:

“decir a hombres de gabinete que la antigua provincia de Pasto era para la República un cáncer que la devoraba, y que más era el gasto que anualmente causaba ella sola al erario, que el de todas las secciones de la República. Ahora que estoy en el teatro y que estudio el país y sus habitantes, creo poder afirmar que no es un cáncer, sino un tumor producido por falta de circulación en la sangre, y de fácil curación”<sup>47</sup>.

En la opinión del geógrafo, la presencia de tropas en la zona era una época de vacas gordas para los habitantes de esta zona, en tanto podían vender mejor y más fácilmente sus productos. Su interés particular era, pues, la verdadera razón para que estuvieran siempre dispuestos a apoyar las rebeliones. Por esta razón, planteaba Codazzi, los caminos eran los únicos bienes que los gobernantes podían hacer a ricos y pobres por igual y, en el caso particular de los pastusos, estos bienes aumentarían las riquezas de los particulares, darían cabida a mejores ideas a través del intercambio con el resto del país y opondrían una muralla intraspasable a las pasiones populares.

<sup>46</sup> Confróntese María Bonnafous-Boucher, *Un liberalismo sin libertad. Del término “liberalismo” en el pensamiento de Michel Foucault*, Cali, Extremo Occidente, 2004. Foucault, *El nacimiento de la biopolítica*, op. cit. Francisco Vázquez García, *La invención del racismo. Nacimiento de la biopolítica en España 1600-1940*, Madrid, Akal, 2009.

<sup>47</sup> *Ibid.*, 454.

Se trataba, por supuesto, de una perspectiva que naturalizaba de entrada a los seres humanos como *homo œconomicus*, desde una perspectiva liberal.

Lo interesante es cómo este tipo particular de sujeto, que era propuesto originalmente para las naciones que habitaban las zonas templadas era apropiado en el territorio que actualmente es Colombia, en el cual primaba la naturaleza tropical y las poblaciones mestizas. La diferencia ontológica del espacio y de los sujetos de las dos zonas se constituirá en un limitante central del biopoder.

#### LOS LÍMITES DE LA BIOPOLÍTICA

La mirada europea inquietaba a los letrados patriotas, les hacía sentir su diferencia. José María Samper expresaba esta incomodidad cuando planteaba:

“Las sociedades europeas saben que tenemos volcanes, terremotos, indios salvajes, caimanes, ríos inmensos, estupendas montañas, mosquitos, calor y fiebres en las costas y valles húmedos, boas y mil clases de serpientes, negros y mestizos, y una insurrección o reacción a mañana y tarde. Saben también que producimos oro y plata, quinas y tabaco, y mil otros artículos de comercio. Eso es todo”<sup>48</sup>.

La tarea de los letrados consistió en construir argumentos que, sin negar tajantemente los saberes que descalificaban a las repúblicas hispanoamericanas y en este caso a lo que hoy es Colombia, los matizaran. Así como se veló parcialmente la condición tropical del territorio nacional, al hacer de las tierras altas un equivalente de las zonas temperadas, también se tuvo que enfrentar la heterogeneidad y la mezcla poblacional de los habitantes del país. Heterogeneidad que desde los discursos eurocéntricos era considerada generalmente como una tara de importancia mayúscula<sup>49</sup>. Fue así que se relativizó la importancia de la sangre y se revalorizó el mestizaje, en un intento por legitimar el proyecto criollo de construcción del Estado nacional tanto interna como externamente.

El mestizaje fue un proyecto central dentro de los intentos por gobernar una nación racialmente heterogénea. Pero era, ante todo, un proyecto múltiple, no había un mestizaje sino diversos mestizajes, que correspondían a la diversidad de la población y del espacio. Uno de los blancos privilegiados del mestizaje fue el pueblo, que se transformaba en un nos–Otros, distante pero al mismo tiempo “nuestro” en relación con las élites que se autorrepresentaban como blancas.

<sup>48</sup> *Ensayo sobre las revoluciones políticas y la condición social de las repúblicas colombianas (hispano-americanas): con un apéndice sobre la orografía y la población de la Confederación Granadina*, París, Imprenta de E. Thunot y Cº, 1861, 3.

<sup>49</sup> Nancy Appelbaum, Anne Macpherson y Karin Alejandra Rosemblatt, “Introduction. Racial Nation”, Nancy Appelbaum, Anne Macpherson y Karin Alejandra Rosemblatt (eds.), *Race and Nation in Modern Latin American*, Chapell Hill y Londres, The University Of North Carolina Press, 2003, 1-31. Ivan Hannaford, *Race. The History of an Idea in the West*, Washington, Baltimore y Londres, The Woodrow Wilson Center Press y The John Hopkins University, 1996. Peter Wade, *Raza y etnicidad en América Latina*, Quito, Abya-Yala, 2000.

A pesar de que el mestizaje ha sido considerado tradicionalmente como un remedio al esencialismo y a la búsqueda de purezas espurias (sobre todo en las zonas de colonización británica) o como una ideología que encubre el rechazo a la diferencia étnico-racial (particularmente en las regiones de dominación ibérica), la situación es mucho más compleja. Las mezclas raciales no solo homogeneizan, sino que también crean y mantienen la alteridad y dan, frecuentemente, lugar a una representación nacional en forma de mosaico<sup>50</sup>. Julio Arias<sup>51</sup> ha señalado, en esta misma línea, que el mestizaje hizo posible pensar y generar una unidad dentro de la diversidad de origen. A través del mestizaje se buscó consolidar una unidad social, modificando las herencias negras e indígenas, administrándolas diferencialmente según los valores y las características que fueran útiles para el Estado nacional y los intereses de las élites. El mestizaje se convirtió en uno de los ejes del momento pedagógico de la construcción del relato nacionalista de los letrados, ya que hacía posible transformar retóricamente una serie de grupos humanos dispersos en el *pueblo colombiano*, lo cual implicaba por supuesto su normalización.

Es más, para Samper, la complementariedad entre los diferentes pisos térmicos era una prueba de que la naturaleza alentaba y aprobaba la complementariedad y la mezcla entre los diferentes grupos raciales. Los resultados de esa amalgama serían:

“1º el desarrollo simultáneo de grupos sociales diferentes, sometidos á la fecunda ley de la emulación; 2º la constante fusión de esos mismos grupos, más o menos lenta pero infalible, y en todo caso feliz, porque la observación prueba que la raza blanca es la más absorbente, la que predomina por la inteligencia y las facultades morales; 3º el progreso múltiple de la civilización, resultante de la libre acción de todas y cada una de las castas”<sup>52</sup>.

A mediados del siglo XIX, el mestizaje era ya un asunto privilegiado en los proyectos de construcción nacional de las élites letradas vinculadas a los partidos políticos recientemente creados. La mezcla racial era representada, sin dejar de ser motivo de controversia, como un proceso moralizador y civilizador, una metáfora de la deseada integración de las poblaciones y los territorios disgregados. Sin embargo, este tipo de mestizaje no debe ser confundido con el énfasis en la eugenésia, pues no estaba enmarcado dentro de una concepción neolamarquiana, darwinista ni mucho menos mendeliana; se trataba, más bien, de una fusión de razas, entendidas como poblaciones con una filiación común y, por ende, con unas historias singulares. Desde esta perspectiva, la fusión de razas era imaginada de una forma plural. La articulación entre medio y raza hacía que en cada lugar se diera o se debiera dar un mestizaje específico.

<sup>50</sup> Peter Wade, “Images of Latin American *Mestizaje* and the Politics of Comparisons”, *Bulletin of Latin American Research* 23:3, Reino Unido, 2004, 355-366. Peter Wade, “Rethinking *Mestizaje*: Ideology and Lived Experience”, *Journal of Latin American Studies* 37:2, Cambridge, 2005, 239-257.

<sup>51</sup> *Ibid.*, 50.

<sup>52</sup> *Ibid.*, 100.

En las tierras altas de las provincias recorridas por la Comisión Corográfica en sus dos primeras expediciones, el mestizaje se presentaba bajo la figura del dejar morir a los indígenas:

“Los moradores de la provincia son todos blancos, de raza española pura, cruzada con la indígena, e indígena pura; la primera i la última forman el menor número, i cuando la absorcion de la raza indígena por la europea se haya completado, lo que no dilatará mucho, quedará una población homojenea, vigorosa i bien conformada, cuyo carácter será medianero entre lo impetuoso del español i lo calmudo i paciente del indio chibcha”<sup>53</sup>.

El carácter medianero de esta población la haría aprovechable en las actividades agrícolas, mineras y en la fabricación de tejidos y de sombreros. El mestizaje transformaba profundamente no solo la apariencia de las personas, sino también sus comportamientos y capacidades. Además, era representado en términos de absorción de una raza por otra, es decir, como blanqueamiento, tal y como lo había planteado el mismo Ancízar unas páginas antes al referirse al cantón de Guateque de la provincia de Tunja:

“En este cantón, como en los otros, la raza indígena forma el menor número de los habitantes, siendo admirable la rapidez con que ha sido cruzada y absorbida por la europea, pues ahora medio siglo la provincia de Tunja presentaba una masa compacta de indios i mui contadas familias españolas. Hoy mismo se nota en la generación nueva el progresivo mejoramiento de las castas: los niños son blancos, rubios, de facciones finas e inteligentes y cuerpos mejor conformados que los de sus mayores”<sup>54</sup>.

En su opinión, si a esto se le sumaba una eficiente administración municipal y buenas escuelas, se tendría una base firme para la civilización, la estabilidad y la prosperidad moral e industrial de la nueva república. La mención a la educación y a la administración era importante, pues, a pesar de que Ancízar y otros letados cercanos a él mencionaban continuamente la influencia del medio y de la raza sobre las poblaciones, se debe distinguir entre influencia y determinación, para no caer en acusaciones de determinismo, tan frecuentes en la historiografía sobre los viajeros y las élites letradas del siglo XIX en la América hispánica. Obviamente, estaba implícita una idealización del ciudadano, quien debía ser de tez clara, ilustrado e industrial, conocedor de los frutos de su tierra y de la mejor forma de explotarla y alejado de las supersticiones infundidas durante el Antiguo Régimen.

En las zonas cálidas, era impensable la eliminación del linaje africano. Para José María Samper<sup>55</sup>, por ejemplo, el mulato, luego de su educación y su vinculación a intereses económicos de largo aliento, sería uno de los seguros elementos de civilización en el Nuevo Mundo. El mulato recibía de la “raza negra” su resistencia física y el amor filial; de la “raza europea” el heroísmo y el orgullo caballeresco; del carácter colombiano, el amor a la libertad y la tendencia a la emigración. Físicamente estaba

<sup>53</sup> *Ibid.*, 113.

<sup>54</sup> *Ibid.*, 369-370.

<sup>55</sup> *Ibid.*, 90.

más cercano al negro, lo cual lo hacía resistente, especialmente para los climas malsanos; moralmente, se acercaba a los blancos.

Las personas negras encontraban, supuestamente, su hábitat natural en las tierras bajas, es más, eran una población indispensable para explotar rentablemente unos espacios en los cuales solo ellas podían sobrevivir sin excesivos cuidados e inconvenientes, pero paradójicamente sus mismas características, que los hacían indispensables, también los hacían poco aptos para el trabajo disciplinado. Sergio Arboleda, señalaba:

“La raza negra, salvo excepciones que convencen de su actitud para la civilización, solo bajo el amparo de la blanca puede servirla con provecho, disfrutar sus beneficios y elevarse en religión, mediante los actos exteriores del culto, hasta el sublime de la caridad; pero, perezosa y sensual, cuando se la deja entregada a sí misma, torna presto a su barbarie primitiva. Mientras el americano tiende a aislar de las demás razas, el negro procura confundirse con la blanca, y su tipo desaparece en la descendencia de pocas generaciones. [...]. Por su fuerza física, por la confianza que pone en ella, y por su aptitud para habitar en climas ardientes y malsanos, la raza africana es utilísima para la industria en las regiones tropicales”<sup>56</sup>.

Las tierras bajas y cálidas se representaron, entonces, como mansión de fieras, de alimañas y de la raza negra. Esta asociación entre gente y territorio se construyó trazando una relación de continuidad y equivalencia entre las costas y las cuencas de los ríos en el territorio neogranadino, con las sabanas y las selvas africanas, no en vano a la población negra se le denominó en múltiples ocasiones como raza africana, etíopica o etíope. De esta forma y a diferencia de los europeos, las personas negras no se consideraban expuestas a nuevas condiciones deletéreas, sino a la acción de elementos malsanos, a los cuales ya eran prácticamente inmunes por estar en relación con ellos desde hacía varias generaciones<sup>57</sup>. Esta inmunidad era tal, según Codazzi, que mientras en el Chocó la raza blanca moría necesariamente, si se dedicaba a las labores que hacían los negros y apenas sobrevivía si permanecía en esta provincia descansando, estos gozaban de buena salud y se duplicaban cada veinte años, mientras en Europa necesitaban cien años para hacerlo<sup>58</sup>.

El problema no residía entonces en una depresión fisiológica provocada por un medio deletéreo, sino en la falta de dirección de esta población provocada por la crisis y posterior abolición de la esclavitud. Sin quien los obligara a trabajar y apoyados en la fertilidad de su medio, que los proveía de comida sin esfuerzo, la raza etíopica evitaba toda fatiga y prefería beber, comer, hablar y bailar al son del tambor y la marimba, mientras las magníficas riquezas del litoral quedaban enterradas. Lo que esta-

<sup>56</sup> Sergio Arboleda, *La república en la América española*, Bogotá, Imprenta a cargo de Foción Mantilla, 1869, 74-75.

<sup>57</sup> Pérez, *Geografía física i política de los Estados Unidos de Colombia*, tomo primero, *op. cit.*, 330.

<sup>58</sup> Agustín Codazzi, “Descripción de la provincia de Casanare” [1856], Augusto Gómez, Guido Barona y Camilo Domínguez (eds.), *Geografía física y política de la Confederación Granadina. Estado de Boyacá. Territorio de Casanare. Obra dirigida por el General Agustín Codazzi*, Bogotá, Fundación Gaia y Fundación Puerto Rastrojo, 2000, 120.

ba en juego era la falta de capacidad de progreso autónomo de una “raza [que] aún no conoce sus verdaderos intereses a causa de su crasa ignorancia y su inclinación a la ociosidad”<sup>59</sup>.

La Comisión Corográfica<sup>60</sup> construyó un relato sobre las provincias del litoral Pacífico y la cuenca del Magdalena y sus habitantes, que se sustentaba en una serie de oposiciones, que remitían las unas a las otras en una red que se podía tornar infinita: trabajo/indolencia, comodidad/miseria, viviendas/chozas, muebles/palos para sentarse, vestidos/desnudos. Para pasar del segundo al primer estado, habría que trabajar en la extracción de los minerales, acumularlos y comerciar con estos, algo que parecía obvio bajo una lógica liberal, pero que los expedicionarios reconocían como supremamente difícil, dada la sinrazón que le atribuían a la raza africana.

Sin embargo, buena parte de las obligaciones de la Comisión consistía en proponer soluciones a este tipo de dificultades. Tres fueron las propuestas realizadas en diferentes momentos y para diversas regiones. La primera de estas fue el ejemplo de una raza trabajadora que les enseñara, a través del ejemplo, a las personas negras cómo el trabajo era la única vía en que los seres humanos adquirían fortuna y con esta se proporcionaban goces y bienestar. Para Codazzi<sup>61</sup> y Pérez<sup>62</sup>, el aprovechamiento del elemento africano era posible, siempre y cuando otra raza, trabajadora e inteligente, asentada a su vista en las estribaciones de la cordillera occidental, les mostrara a los negros, que los observarían desde las tierras bajas, el modo de enriquecerse y los goces y el bienestar que el trabajo duro posibilitaban.

En ocasiones, el ejemplo podía venir de los individuos más inteligentes de esta población que, gracias a que se construirían simultáneamente buenos caminos, podrían comerciar con sus productos fuera de la región; los demás, siguiendo el natural deseo de imitación y de riquezas, los seguirían. Esta estrategia sería particularmente viable si la población era numerosa, sus relaciones se habían hecho más íntimas y variadas y la selva había sido eliminado a través de la tala. El problema de esta solución era que requería de bastante tiempo para ser implementada.

Codazzi, en una carta dirigida al gobernador de Barbacoas el 24 de junio de 1853, señalaba otra solución: obligar a trabajar a los indolentes, ya que la raza negra de esta zona era “como los indios semibárbaros que necesitan tutores. Pero nada se hará con expedir ordenanzas que se queden escritas. Es preciso hacerlas ejecutar, y para el efecto una buena policía, formada de los más inteligentes, activos y formales de entre los mismos negros, bien pagados, serviría perfectamente”<sup>63</sup>. Una cuarta solución implicaba la ilustración de las masas. Las guerras civiles, el desinterés gubernamental, la debilidad propia de un estado escaso de recursos económicos y humanos, y la abrupta finalización de la Comisión Corográfica por la muerte de Agustín Codazzi, impedirían que cualquier de estas recomendaciones se concretara.

<sup>59</sup> Codazzi, “Estado del Cauca”, *op. cit.*, 91-92.

<sup>60</sup> *Ibid.*, 406. Véase: Eduardo Restrepo, “‘Negros indolentes’ en las plumas de los corógrafos: raza y progreso en el occidente de la Nueva Granada de mediados del siglo XIX”, *Nómadas* 26, Bogotá, 2007, 28-43.

<sup>61</sup> *Ibid.*, 85-86.

<sup>62</sup> Pérez, *Geografía física i política de los Estados Unidos de Colombia, tomo 1*, *op. cit.*, 293.

<sup>63</sup> Pérez, “Estado del Cauca”, *op. cit.*, 451.

En el mejor de los casos, los indígenas y los negros fueron considerados por los miembros de la Comisión como ubicados en las fronteras de la civilización, en tanto sus prácticas económicas y formas de poseer la tierra eran la antítesis de lo considerado adecuado, una verdadera contradicción y obstáculo para el *homo oeconomicus*. Las categorías de raza y clase convergían y los *Otros* raciales eran los culpables no solo de su pobreza, sino de la inexistencia de un mercado nacional, dado su déficit como productores y consumidores. Se trataba de una nueva figura antropológica en la cual el *Hombre*, entendido como átomo racional y plenamente consciente de sus intereses, aparecía como un ser constituido por sus necesidades y deseos, los cuales únicamente podían ser resueltos en y por el mercado. Por supuesto, la desviación de la norma implicaba un déficit de humanidad y de patriotismo.

A pesar de la descalificación a la que eran sometidos los indígenas y los negros, su pretendida inferioridad no se debía a una desigualdad natural, sino a una serie de causas como la conquista para los primeros y la prolongada esclavitud para los segundos. Es decir, se trataba, ante todo, de una degradación moral, de un problema más histórico que natural o biológico, por eso la solución privilegiada no era el mestizaje, sino la transformación de las costumbres, aunque fuera forzada. Era necesario hacer de los pobladores negros y mulatos de las tierras bajas dueños de sus destinos, pues el trabajo no era un asunto individual, sino que era un problema que concernía a la república en su totalidad, en tanto la formación de un mercado nacional requería de la conversión de todos y cada uno de los habitantes en productores y consumidores. En la práctica, fueron las mismas élites, las que más dificultaron este proyecto, en tanto mantuvieron e intensificaron relaciones socioeconómicas tremadamente desiguales, en las que continuaron operando, subordinadas al capitalismo, numerosas formas laborales no asalariadas, como el certajé, la aparcería y el terraje, las cuales cobijaron principalmente a los grupos marcados por la alteridad socioracial, incluyendo a los mestizos<sup>64</sup>.

Sin embargo, el mestizaje no estaba totalmente excluido de la suerte que los miembros de la Comisión Corográfica deseaban para los negros, pues ellos consideraban que la mezcla de la raza blanca con el resultado de una mezcla anterior de indígenas y negros, en la que la fisonomía de los primeros había desaparecido, daría lugar a individuos con una constitución más robusta y vigorosa y con una mayor energía vital, que la de los individuos nacidos en el mismo medio y de raza europea o africana pura. Lo que estaba implícito aquí era que mientras el mestizaje era considerado un hecho cumplido en las tierras altas, era un proyecto a largo plazo en las tierras bajas, proyecto que permitiría la intensificación de los flujos de personas, productos y bienes.

#### REFLEXIONES FINALES

A pesar de su importancia, es la mezcla racial la que permite descubrir los límites de la biopolítica en el siglo XIX. Si, como se ha planteado, la racionalidad gubernamental justificaba la acción del Estado, en la medida en que este debía eliminar las

<sup>64</sup> Rojas, *op. cit.*, 219-220.

trabas al desenvolvimiento natural de la sociedad, en la Comisión Corográfica o en los planteamientos de letrados contemporáneos a esta, que también hacían énfasis en el mestizaje, no se encuentra una reflexión que identificara estas trabas o descubriera una lógica de la fusión racial que hubiera que proteger. Se trataba, en definitiva, de una concentración en el dejar morir a las poblaciones no deseadas, que operaba al lado de un descuido marcado en el hacer vivir, el cual parecería garantizado simplemente con la supresión de las barreras de la comunicación entre las diversas regiones, a través de los caminos y la navegación fluvial, y la supresión de rezagos coloniales, como las tierras comunales indígenas o la esclavitud. Superadas estas trabas parecería que la población, que era tachada continuamente de ignorante, actuaría racionalmente y según las leyes de la naturaleza a la hora de mezclarse. En este punto, se encuentra la principal diferencia con la racionalidad gubernamental, postulada por buena parte de los intelectuales del siglo XX, para quienes los mestizos no debían ser un fruto espontáneo de sus padres, sino que debían ser el producto de una labor que articulaba los saberes médicos y jurídicos con la intervención estatal<sup>65</sup>.

Desde sus límites, la Comisión Corográfica construyó un conocimiento que buscaba refundar lo nacional desde las particularidades locales, cantonales, provinciales; estas particularidades tomaban forma en las múltiples relaciones que tejían las poblaciones con los espacios que habitaban. En esta medida, las energías de este proyecto geográfico estuvieron empeñadas en producir un saber, que permitiera el buen gobierno en las diferentes escalas de intervención dentro del Estado nacional. Se trataba de conectar los fragmentos nacionales y de comenzar un proceso civilizador desde los poblados. La clave estaba en hacer vivir la república en los territorios sentidos y experimentados por los ciudadanos y por quienes debían ser nacionalizados, desde una perspectiva abiertamente liberal, que buscaba crear una sociedad que tenía como horizonte ideal la creación de una sociedad homogénea y blanqueada de pequeños productores y consumidores en las tierras altas, ya fueran artesanos independientes o agricultores a pequeña escala, sociedad que desde allí se apropiaría las tierras bajas y realizaría la vocación agroexportadora que el privilegiado espacio nacional hacía posible, tal como lo expresó Ancízar en el último párrafo de su *Peregrinación*:

“Fenecía el mes de julio de 1851 cuando pasamos el hermoso puente que nos trasladó del territorio de Pamplona al de Tundama, terminando nuestra correría por las ocho provincias comprendidas en la sección Norte de la República; sección bella que reúne todos los climas, todas las magnificencias de la creación intertropical extendidas a los pies de los Andes majestuosos. Habitado casi en total por la raza blanca, inteligente y trabajadora, propietaria del suelo felizmente dividido en pequeños predios que afianzan la independencia de los moradores, se atrae las complacencias del patriota, que descubre allí el asiento de la verdadera democracia cimentada en la igualdad de las fortunas. El peso y la importancia política de estas provincias resaltan al considerarlas en su conjunto como un grupo de población homogénea, que aumenta con rapidez por el desarrollo de sus propios elementos”<sup>66</sup>.

<sup>65</sup> Álvaro Villegas Vélez, “Nación, intelectuales de élite y representaciones de degeneración y regeneración, Colombia, 1906-1937”, *Iberoamericana* 7:28, Madrid, 2007, 7-24.

<sup>66</sup> *Ibid.*, 523.

Como balance final, se puede afirmar que el desarrollo de estos elementos fue dejado a su suerte, pues como ya se ha mencionado, diversas dificultades hicieron que las recomendaciones y propuestas de la Comisión Corográfica cayeran en saco roto. No obstante, esto no le resta interés al proyecto científico más importante del siglo XIX en lo que hoy es Colombia, un proyecto que a través de su producción cartográfica, pictórica y escrita se constituye en una fuente ineludible a la hora de conocer las poblaciones neogranadinas de mediados de siglo, al tiempo que permite interpretar una de las múltiples formas en que fue imaginada y representada la nación en el siglo XIX.